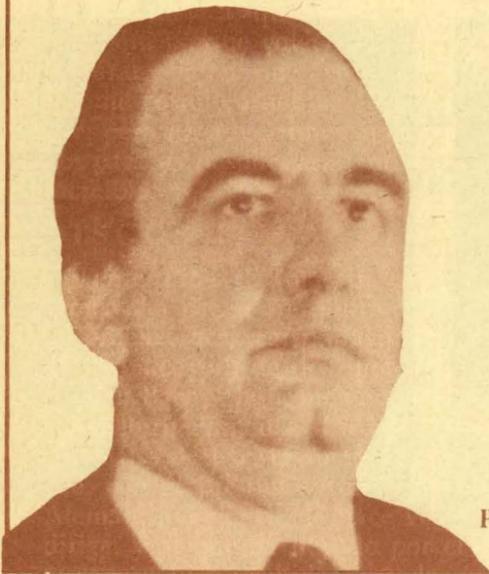


6-ENERO-1982

*La historia: un esfuerzo humano*

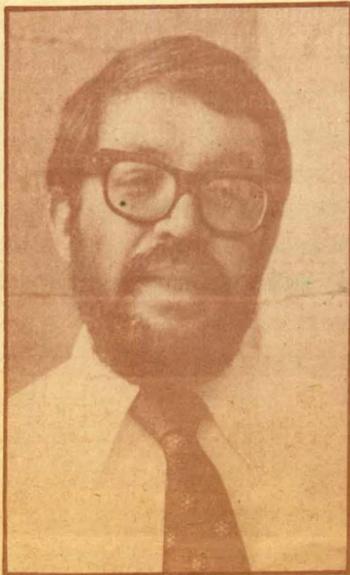
# El Año Que Se Va



Pedro Ojeda Paullada.

La lucha del gobierno contra la inflación se estrelló en el fracaso. No se trata de arrojar sobre él la culpa de ese gravísimo fenómeno. Uno vuelve los ojos a todo el mundo alrededor nuestro y aprecia que, con la excepción única de los japoneses, todos los demás mercados del mundo pasan por una situación crítica. Nos agobia el alto nivel de la tasa de nuestra inflación, pero alivia imaginar que no estamos cercanos todavía a los grados en que ese mal daña a países como Argentina.

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Careció de eficacia el "feliz año nuevo", pronunciado en diciembre de 1980 en relación con el que se iniciaría en los días siguientes, y respecto del grueso de la población mexicana. El balance de 1981, hecho justamente al concluir su existencia, no es positivo. En términos de la felicidad social, la que debiera alcanzar al mayor número de mexicanos, resultan más anotaciones en el lado del deber que en el del haber.

Y sin embargo, no debe caber el pesimismo. Otros años más difíciles ha padecido la sociedad mexicana, y en el seno de ella, principalmente, los de abajo. Y nada ha sido todavía capaz de abatirlos al punto de renunciar a la visión opti-

mista, a veces rayana en el conformismo, de que "mañana será otro día", un día mejor que el de hoy, que al fin y al cabo ya se termina.

La lucha del gobierno contra la inflación se estrelló en el fracaso. No se trata de arrojar sobre él la culpa de ese gravísimo fenómeno. Uno vuelve los ojos a todo el mundo alrededor nuestro y aprecia que, con la excepción única de los japoneses, todos los demás mercados del mundo pasan por una situación crítica. Nos agobia el alto nivel de la tasa de nuestra inflación, pero alivia imaginar que no estamos cercanos todavía a los grados en que ese mal daña a países como Argentina. No es aquí un caso típico del "mal de muchos...". Se trata sólo de ser realistas y de observar que en un mundo pleno de problemas económicos, no podíamos ser la isla a salvo de todo padecimiento.

Por eso no es posible cargar sobre las autoridades de la economía y las finanzas públicas el peso de la inflación. Pero lo cierto es que no se ha podido controlar. Al contrario, es probable que las cifras de este año, y las del próximo, demuestran que la situación empeoró en vez de mejorar, pues

ilegaremos a una tasa superior al treinta por ciento. Y como es cierto que los índices económicos no dicen mucho en sí mismo para los legos, basta para ilustrar la gravedad del caso pensar en los precios, crecientes cada día, de los satisfactores de necesidades elementales, cuya carestía es uno de los signos más patentes de la inflación.

El peso compra hoy menos de lo que compraba ayer. Y esa verdad se repite cada día. De esa manera, quienes pueden hacerlo tienen que trabajar más, para preservar su nivel de vida. O si están en condiciones, incrementan los precios de los artículos que producen o venden, pues no quieren ser ellos los que paguen la factura más cara sin hacer lo propio, y contribuyen así a la escalada incesante. Sólo quienes tienen ingresos fijos, y peor aún quienes ni siquiera ese nivel alcanzan, se quedan con la vida cada vez menos amplia, cada vez menos disfrutable, cada vez más ajena.

No todo fue negativo en la economía, es cierto. Tuvimos un excelente año agrícola. No es posible determinar, más allá de la propaganda, todavía a quién hay que atribuirlo, si al SAM, a Agricultura, a las lluvias o simplemente a la buena suerte. Pero el resultado está allí. Podremos importar menos comida, y la que hay podrá ser adquirida en nuestro mercado interno por el número creciente de quienes tuvieron empleo nuevo en este año, merced al incremento de la tasa de ocupación. Pero esos números negros en el balance no borran los rojos, que están allí, independientemente de que sea daltónico o no el observador de los acontecimientos.

En la política se aprecia igualmente un claroscuro. La parte más negra está formada por las varias, insoportables maneras en que el gobierno y el poder económico desdeñan a los ciudadanos, les asestan su cotidiana falta de respeto y los esquilmán o los cosifican. Tal fenómeno puede advertirse lo mismo en el caso del transporte colectivo en el Distrito Federal o Guadalajara que en la actividad de los partidos políticos, por poner sólo algunos ejemplos.

Sobra decir a estas alturas que el transporte en las aglomeraciones urbanas es un problema capital, que no sólo tiene repercusiones económicas, sino que genera tensiones y pasiones provocadoras de una disminución de la convivialidad entre las personas. Lejos de arribar a una modificación

